



V

DESPUÉS de haber conversado un buen rato sobre cosas sin importancia, el ayudante de campo, como al azar, volvió á lanzar la idea del juego, proponiendo una pequeña partida al teniente O... Este consintió esta vez, partiendo con Sch... y el sub-teniente hacia la tienda del ayudante de campo, en donde estaba la mesa con tapete verde y un juego de cartas. El capitán comandante de nuestra división, fuese á dormir á su tienda y los demás oficiales se dispersaron también, quedando solo yo con Guskov.

Esto, á la verdad, no me satisfacía, al contrario, me disgustó altamente hallarme á solas con él; así que, involuntariamente, me levanté y me puse á pasear á lo largo de la batería. Guskov, en silencio, paseaba á mi lado, volviéndose cada vez con precipitación é inquietud para no quedarse atrás ni tampoco adelantarme.

—No os molesto, verdad?—dijome con voz triste y opaca. Como pude muy bien observar, á pesar de la obscuridad, su rostro estaba profundamente pensativo y triste.

—De ninguna manera,—contesté. Mas como él no siguió la conversación y yo no sabía qué decirle, continuamos nuestro paseo y nuestro silencio.

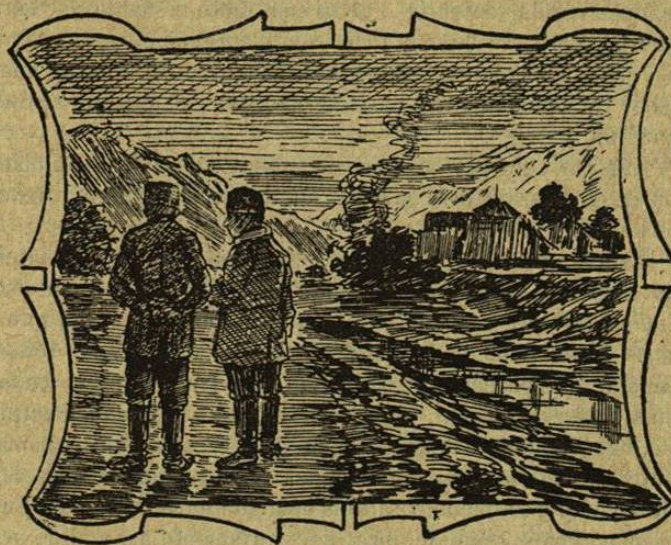
Al crepúsculo había sucedido ya la oscuridad de la noche, y por encima del negro perfil de las montañas apareció la brillante estrella del Pastor. Sobre nuestras cabezas, en el cielo azul, claro y glacial, brillaban también algunas pequeñas estrellas. De todos lados llameaban en las tinieblas las hogueras, y más allá veíanse

las tiendas grises ensombreciendo el montículo negro de nuestra batería. Cerca de la hoguera más próxima, y sentados á su alrededor, calentábanse nuestros asistentes conversando en voz baja, y al reflejo de la misma, de tiempo en tiempo, brillaba el cobre de nuestros gruesos cañones y destacábase la silueta del centinela, con el capote á la espalda, paseándose con cadencioso paso por el parapeto.

—Vos no podéis imaginaros el gran consuelo que es para mí el conversar con un hombre como vos,—me dijo Guskov, aunque no habíamos hablado nada todavía, y añadió que sólo un hombre que se encontrase en mi situación podía comprenderle.

Yo no supe qué contestarle y de nuevo nos callamos, á pesar del deseo evidente que él tenía de hablar y yo de escuchar.

—Cómo os encontráis en ese estado? Qué os ha sucedido para



sufrir tanto?—pregunté al fin, no encontrando mejor modo de iniciar la conversación.

—No habéis oído hablar nunca de esta malhadada historia de Melenin?

—Sí, un duelo, me parece; he oído hablar de ello vagamente. Hace ya mucho tiempo que estoy en el Cáucaso.

—No, no se trata de ningún duelo. Me refiero á un hecho estúpido, pero terrible, yo os lo contaré... Fué precisamente el mismo año en que os encontré en casa de mi hermana; vivía yo entonces en San Petersburgo. Esto es deciros que entonces yo ocupaba una posición en el mundo, sino muy ventajosa, á lo menos algo brillante. *Mi padre dábame diez mil rublos por año.* En 1849 prometieronme una plaza cerca del embajador de Turín. Mi tío materno demostró que estaba dispuesto á favorecerme mucho, pero esto es un hecho sin importancia; yo era recibido en la mejor sociedad de Petersburgo, y podía aspirar á un buen matrimonio. Yo había estudiado cómo estudiamos todos en nuestras escuelas, de suerte que no poseía en manera alguna una instrucción profunda. Es verdad que había leído mucho, mas principalmente, sabéis? esa gerigonza del mundo, de modo que me encontré, sin saber cómo, uno de los jóvenes más elegantes de San Petersburgo. Y esto, que me levantaba mucho en la opinión general, me hizo trabar relaciones con la señora D... de la cual tanto se habló en San Petersburgo, pero era yo muy joven aun y apreciaba poco estas ventajas, era un simple por mi excesiva juventud. Qué es lo que me faltaba? En aquella época, en Petersburgo, ese Melenin tenía una reputación...

Y Guskov continuó en el mismo tono, contándome la historia de su desgracia, historia que no repetiré aquí porque no tiene interés alguno.

—Estuve arrestado dos meses,—prosiguió diciendo é intercalando, según su costumbre, algunas frases francesas en su discurso.—Casi siempre me hallé solo y, qué no pensaría yo durante ese tiempo! Pero, también he de deciros que cuando hubo todo eso terminado, me pareció que se habían roto para siempre los lazos que me unían al pasado, y esto me tranquilizó grandemente. Mi padre, habréis oído hablar de él sin duda, era lo que se llama un carácter de hierro, de convicciones firmes... me desheredó, y desde aquel punto quedó rota toda relación entre nosotros. Según sus convicciones, tenía de obrar necesariamente así y no le acuso de nada, fué consecuente; de manera que no dí ni un solo paso para hacerle desistir de la decisión tomada. Mi hermana se hallaba entonces en el extranjero y solamente la señora D... siguió escribiéndome siempre que pudo y hasta me ofreció su ayuda; pero ya comprenderéis que no acepté, de manera que llegué á hallarme sin ninguna de esas cosas que sirven de algún consuelo en una situación semejante: libros, ropa para mudarse, alimentos... No tenía nada, nada. Reflexioné mucho, muchísimo durante ese tiempo

y empecé á considerarlo todo con muy otros ojos. Así, los rumores y las habladurías de que era yo el objeto en San Petersburgo, siendo por mucho tiempo el motivo de conversación de la gente de mundo, ni me interesaban ni me halagaban, pareciéndome todo ello soberanamente ridículo. Yo á mí mismo me acusaba de imprudente, de culpable y de *demasiado joven*. Había destruído mi carrera y no pensaba ya sino en rehacerme una carrera nueva, comprendiendo que para lograr esto poseía suficientes fuerzas y energías. Después de la prisión sufrida, ya os he dicho que me enviaron aquí, en el Cáucaso, para servir en el regimiento de N... Creí entonces,—prosiguió, animándose cada vez más,—que aquí, la vida del campamento, los hombres sencillos, rectos y honrados con quienes viviría, la guerra, los peligros... todo eso se combinaría perfectamente con mi disposición de espíritu, y que podría comenzar en el Cáucaso una nueva vida. Me verán en la lucha, en el combate, y me amarán; se me apreciará no por mi nombre solamente, sino también por la cruz que habré ganado, por el grado de sub-oficial que sin duda mereceré, y entonces se me relevará del castigo que pesa sobre mí. Entonces, volveré á mi país, comprendéis? con el prestigio que da siempre la desgracia. Pero, qué desencanto el mío! No podéis imaginaros hasta donde me engañé! Conocéis el trato, la sociedad de los oficiales de nuestro regimiento?—En esto se calló el pobre, aguardando largo rato, según me pareció, que yo le dijese que conocía efectivamente el trato poco agradable de los oficiales de nuestro regimiento; pero no contesté nada. Me disgustó que hubiese podido suponer que yo, porque hablaba también el francés, había de hallar desagradable y fastidioso el trato con mis compañeros de armas, cuando en realidad, después de una estancia asaz prolongada en el Cáucaso, había yo aprendido á apreciar y á estimar la compañía de estos militares mil veces más que la de esa sociedad de que procedía el infeliz Guskov. Asimismo se lo quise decir, pero lo triste de su situación me contuvo.

—Pues, en el regimiento de N... el trato con los oficiales es cien veces peor que en este regimiento,—continuó, viendo que yo no le contestaba,—y creo que esto es muchísimo decir. No, no podéis imaginaros lo que es aquello! No quiero tan sólo hablar de los junkers y de los soldados, pues esto es un horror!... Primeramente, se me acogió bastante bien, es cierto; pero después, cuando vieron que yo no podía hacer sino despreciarles, comprendéis? en la pequeñez de sus ridículas relaciones; cuando vieron en mí á un hombre muy superior á ellos, entonces sintieron irritación con-

tra mí y comenzaron á vengarse haciéndome sentir esas pequeñas humillaciones... Lo que desde ese punto hube de sufrir, ni podéis siquiera imaginarlo... Luego vinieron esa serie de forzosas relaciones con el junker, con el soldado, pues yo contaba con escasísimos recursos, carecía casi de todo, no tenía sino lo poco que mi hermana me enviaba... Para que podáis formaros una idea de lo sufrido, con mi carácter, con mi orgullo, habéis de saber que escribí á mi padre, suplicándole, con las lágrimas en los ojos, que me enviase también algo. Comprendo que después de una vida como esa durante cinco años, se pueda llegar, como el degradado Dromov, á beber con los soldados y á escribir á los oficiales pidiéndoles prestados tres rublos y firmando: *tout á vous, Dromov*. Era necesario poseer un carácter como el mío para no corromperme del todo en una situación semejante.—Y continuó paseando á mi lado largo tiempo en silencio; de pronto exclamó:—Tenéis un cigarrillo?... Qué estaba diciendo?... Ah! sí. Que yo no podía soportar eso... no hablo de las molestias físicas, pues, á pesar del frío, del hambre y de toda clase de sufrimientos, yo vivía como un soldado, aunque, á decir verdad, los oficiales me tenían todavía algún respeto. Conservaba aun con ellos un cierto prestigio. Jamás me enviaron de centinela, ni me obligaron á hacer el ejercicio, lo cual no hubiera podido soportar de ningún modo. Pero, moralmente, sufría de un modo horroroso. Y, sin embargo, yo no veía á esa situación ninguna salida... Escribí á mi tío, y le supliqué que me hiciese pasar á otro regimiento que tomase al menos parte en las expediciones; supe, además, entonces que hallaría aquí á Pablo Dmitrievitch, que es el hijo del intendente de mi padre, y pensé que podía serme útil. Mi tío hizo esto por mí, y obtuve al fin mi traslado. Comparándolo con el antiguo regimiento, éste me pareció una reunión de Chambelanes; además, aquí estaba Pablo Dmitrievitch. Sabía quién era yo y fui perfectamente recibido... Pero después he ido observando que esos hombres sin instrucción y sin desarrollo intelectual no saben, ni pueden quizás, respetar al hombre si carece de la aureola que da la fortuna ó la nobleza. Cuando han visto que, además de desgraciado, era también pobre, fueron descuidando sus relaciones conmigo y acabaron casi por despreciarme. Es una cosa horrible, pero es la pura verdad... Aquí he estado en un *fuego*, me he batido y me han visto en el combaté... Pero, Dios mío! cuándo acabará esto? Pienso que no acabará nunca. Y á todo esto mis fuerzas y mis energías empiezan á agotarse... Además, yo me imaginaba la guerra y la vida del campamento de muy otra manera de cómo es... Llevando siempre sobre

las espaldas una pelliza corta y vieja y en los pies botas de soldado estropeadas, hay que ir como los demás á los sitios de escucha y pasarse toda la noche tras el margen de un torrente, en compañía de un Antonov cualquiera, un borracho tal vez, con el riesgo constante de que en el momento más impensado la bala de un montañés mate á uno de los dos... lo mismo da el uno que el otro. Para esto no hace falta valor ninguno, esto es sencillamente horroroso, pues sin la más pequeña gloria encuentra uno la muerte.

—Vamos, pero, ya ahora, después de esta expedición, tal vez recibáis el grado de sub-oficial y el año próximo podéis ser promovido á teniente,—dije, sólo por decir algo.

—Sí, es muy posible. Así al menos me lo han prometido; pero que sea todo esto antes de dos años lo veo difícil, y estos dos años serán espantosos. Si pudieseis siquiera formaros idea! Pero, es difícil imaginarse lo que es la vida con ese Pablo Dmitrievitch: las cartas, las bromas más groseras, la orgía... Queréis decir ó expresar algo que bulle en vuestra alma, nadie os comprende y aun se burlan... Si os hablan, no es para comunicaros alguna idea ó pensamiento noble, sino para hacer de vos, si pueden, un simple bufón, algo risible ó ridículo. Y en medio de tanta vulgaridad, de tanta vileza y tanta grosería, estáis forzado á sentir constantemente que no sois más que un subalterno, y sino ya cuidan ellos de que lo comprendáis así... He aquí por qué difícilmente podéis imaginaros el gran placer que siento al poder hablar, con el corazón abierto, á un hombre como vos.

Yo no sabía qué clase de hombre era yo, y por eso no supe que contestarle...



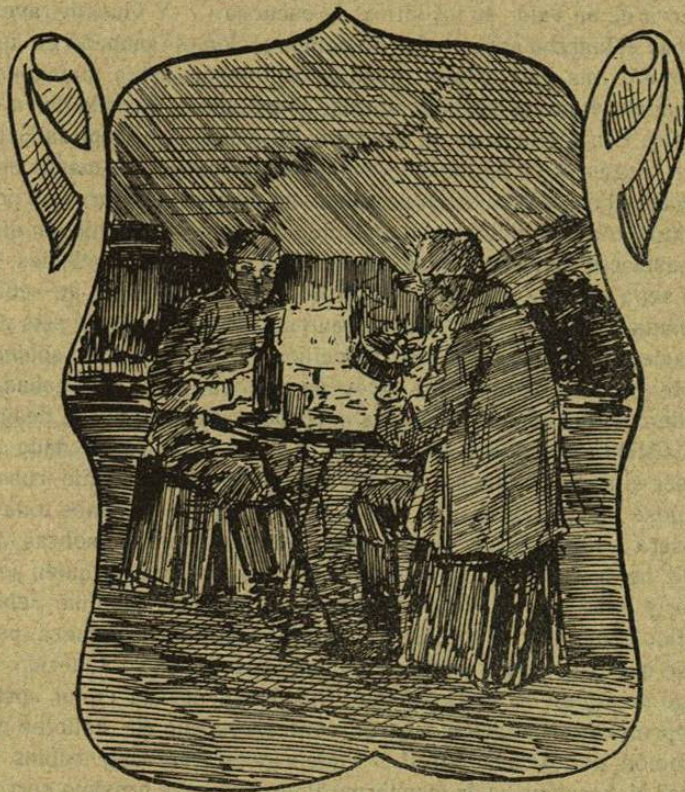
VI

QUERÉIS la cena?—me dijo en ese momento Nikita, quien sin yo notarlo se me había acercado en medio de la oscuridad que nos envolvía, pareciéndome que estaba descontento de verme en compañía de un huésped.—Queda, en verdad, muy poca cosa... un poquito de carne trinchada...

—El capitán ha cenado ya?

—Ha cenado, y hace ya largo rato que está durmiendo,—contestó el asistente con aire sombrío, y al ordenarle que nos trajese ahí fuera algo que comer y un poco de aguardiente, murmuró descontento algunas palabras y se alejó despacio hacia la tienda. Al llegar á ella murmuró todavía no sé qué, pero al fin nos trajo una mesilla y fué colocando encima una bujía encendida, que rodeó con un cucurucho de papel para que el viento no la apagase, una pequeña cacerola, un poco de mostaza, un vasito y una botella de aguardiente. Después de haberlo arreglado todo, Nikita permaneció todavía un rato junto á nosotros, mirándonos comer y beber, lo que evidentemente era para él cosa desagradable. A la escasa claridad de la bujía atravesando el papel que rodeaba la luz, y en medio de la profunda oscuridad que nos envolvía, distinguíase apenas el tablero de la mesita entorno de la cual nos sentábamos Guskov y yo y encima de ella las pobres vituallas que eran nuestra cena; aparte de esto, apenas si veía yo el rostro de mi convidado y su corta y estropeada pelliza y sus manos pequeñas y

coloradas, con las que iba tomando y se llevaba apresuradamente á la boca buenas porciones de comida. Entorno nuestro reinaba la más profunda oscuridad, y tan sólo mirando muy fijamente podíamos distinguir los dos cañones de nuestra batería, con su elevado parapeto al pie del cual se paseaba lentamente la sombría figura del centinela, brillando un poco más lejos las humeantes hogueras



de los leñadores y por encima de nuestras cabezas el manto estrellado de la noche. Guskov, apesadumbrado y un tanto cohibido, sonreíase tímidamente como si, después de hechas sus confesiones, se sintiese avergonzado de mis miradas... Bebióse todavía otro vasito de aguardiente y frotó ávidamente con un pedazo de pan el fondo de la cacerola.

—Vamos, paréceme que ha sido todavía una suerte para vos tener amistad con el ayudante de campo. Según lo que de él he oído, es un buen hombre...—dije al fin para romper de algún modo nuestro embarazoso silencio.

—Es cierto,—contestó el infeliz degradado,—es un buen hombre, porque no puede ser otra cosa, no puede exigirse otra cosa á un hombre sin instrucción.—De pronto coloreáronse sus mejillas y exclamó:—Ya habréis observado no há mucho sus groseras bromas acerca de mi valor en los sitios de escucha...—Y Guskov, apesar de mis esfuerzos para mudar de conversación, se empeñó en justificarse á mis ojos, demostrándome que nunca había abandonado su puesto y que no era un cobarde, como habían querido dar á entender, con sus bromas, el ayudante de campo y el capitán Sch...

—Según yo os he dicho,—concluyó frotándose las manos en la propia pelliza,—gentes así no saben, no pueden mostrarse un poco atentos con un hombre, con un soldado que no tiene ningún dinero; está eso muy por encima de sus fuerzas. Y como además, sin que sepa por qué, durante esos últimos cinco meses no he recibido nada de mi hermana, observo que se muestra todavía más groseramente conmigo. Esta corta pelliza que compré á un soldado, y que no me calienta nada, pues ya veis que está muy echada á perder, no les inspira ni lástima ni respeto siquiera por la desgracia. Cuánta mayor sea mi miseria, y ahora ya no tengo nada que comer si no es el rancho, ni ropa con que vestirme;—dijo ruborizándose y poniéndose otro vasito de aguardiente,—menos todavía pensará en ofrecirme algún dinero, aún sabiendo de sobras que se lo he de devolver. Lo que él quiere es que sea yo quien se lo pida, y esto, en mi situación, ya comprenderéis que me rebaja mucho á sus ojos. A vos puedo hablaros con toda franqueza, pues ya sé que vos estáis muy por encima de todo eso... Querido, no tengo un *kopek!* Y ved,—añadió, fijando su mirada en mi rostro con profunda desolación,—he de confesaros que me hallo en una situación por demás difícil... Podéis prestarme diez rublos de plata? Mi hermana ha de mandarme dinero con este próximo correo, y además mi padre...

—Oh! con mucho gusto!—dije, cuando en realidad me hallaba también yo en situación angustiosa, y singularmente despechado porque el día antes había perdido bastante en el juego y no me quedaban más que cinco rublos y algunos *kopeks* en manos de Nikita.—Ahora mismo...—añadí levantándome.—Dejad que vaya á buscarlos á mi tienda.

—No, ya iréis luego, no os molestéis ahora.

Pero yo, sin escucharle, corrí á la tienda donde tenía mi cama y en la cual vivía también el capitán ayudante.

—Alexei Ivanitch, prestadme diez rublos hasta fin de mes, si podéis buenamente hacerlo,—dije al capitán despertándole.

—Cómo! Habéis perdido otra vez? Ayer dijisteis que ya no jugaríais más,—dijo el capitán, con muestras de querer dormirse otra vez.

—No, si no he jugado; pero los necesito enseguida. Dádmelos si podéis.

—Makatuk!—gritó entonces el capitán á su asistente.—Toma la cajita y traémela...

—Más bajo! más bajo!—dije, oyendo ya cerca de la tienda el acompasado andar de Guskov.

—Por qué más bajo, vamos á ver?

—El degradado Guskov es quien me ha pedido que se los prestara, y está ahí detrás...

—Ah! si lo hubiese yo sabido!... No os diera nada, nada... Dicen que es un famosísimo gandul.

Apesar de todo, dióme el capitán el dinero, ordenó al asistente que escondiese bien otra vez la cajita, que cerrase la tienda, y metiendo de nuevo la cabeza debajo del cobertor, fué repitiendo aun: Ah! si lo hubiese sabido!... No os diera nada, nada... Ahora, recordadlo bien, tenéis ya treinta y dos rublos en vuestra cuenta...



VII

CUANDO salí de la tienda, Guskov se paseaba á lo largo de los bancos, y su pequeña figura, con las piernas arqueadas y con su gorro blanco ya muy usado se destacaba toda entera al pasar por delante de la luz de la bujía y luego se perdía del todo entre las sombras, para volver á aparecer de nuevo. Hizo como si ni se percatase siquiera de mi llegada, y plantándome delante de él le entregué el dinero... Lo tomó con cierta indiferencia, me dió las gracias, y arrollando los billetes los deslizó en el bolsillo del pantalón.

—Ahora, en la tienda de Pablo Dmitrievitch, sin duda, el juego estará ya caliente...—exclamó de pronto.

—Así lo creo también.

—Juega de un modo muy singular ese hombre... siempre de revés y sin doblar nunca. En cuanto á suerte, verdad que tiene mucha; pero, de todos modos, cuando se le vuelve á uno de espaldas, puede perder horrorosamente... Probado queda, pues en la presente expedición, contando también los objetos de valor, ha perdido ya más de mil quinientos rublos, y eso que jugó siempre con mucha prudencia... apesar de que vuestros compañeros pareció que dudaban no há mucho de su honradez.

—Nada de eso, fué una pura broma... Nikita, queda vino todavía?—dije de pronto para detener la habladuría de Guskov. Nikita murmuró otra vez, pero nos trajo una botella de vino, y de nuevo se quedó mirando con honda cólera como Guskov vaciaba con

gran avidez su vaso. Poco á poco fué tomando Guskov los aires desenvueltos de otros tiempos; yo bien quería que se marchase enseguida, pero él se retrasaba sin atreverse sin duda á irse para que no se dijese que lo hacía apenas recibido el dinero. No sabiendo ya qué decir, yo me callé.

—Cómo os habéis decidido, sin necesidad ninguna, por gusto solamente, á servir en el Cáucaso? He aquí una cosa que yo no comprendo.

Entonces traté de justificar, lo mejor que supe, una conducta que le parecía á él tan extraña.

—Pienso que también para vos ha de ser muy fastidiosa la sociedad de hombres como esos, sin instrucción ninguna. Seguramente que no podéis llegar á entenderos nunca. Fuera del juego, del vino, y de las habladurías sobre expediciones y recompensas, no oiréis seguramente hablar de ninguna otra cosa, ni aún viviendo aquí diez años.

Su empeño en ponerme en una situación semejante á la suya, me era en extremo desagradable, y movido por este sentimiento le afirmé, sin ser verdad del todo, que me gustaba mucho el juego, que era el vino mi pasión y que no sabía hablar sino de expediciones y de recompensas, sin desear en manera alguna tener camaradas mejores de los que tenía allí.

Pero, Guskov se empeñó también en no creerme.

—Esto lo decís... por decirlo,—exclamó.—Y la falta de mujeres, es decir, de mujeres *comme il faut*, no es también una cruelísima privación para un hombre como vos? No sé lo que daría por poderme hallar en estos momentos en un salón del gran mundo, aunque fuese por un solo minuto y, por el agujero de una cerradura, poder contemplar una mujer hermosa.

Se calló en esto y se bebió aun otro vaso de vino.

—Ah! Dios mío!... Puede que volvamos á hallarnos algún día en Petersburgo, en la buena sociedad, pudiendo conversar con hombres y con mujeres instruídos.—Vacío en su vaso el vino que quedaba en la botella, se lo bebió y dijo:—Ah! perdonadme, tal vez queríais beber vos también... Soy un terrible distraído; no obstante, paréceme que he bebido ya demasiado... no me siento la cabeza muy fuerte. En otros tiempos, cuando vivía en Morskaia, en la planta baja de una buena casa, tenía soberbias habitaciones y magníficos muebles, y en verdad podía tener espléndidamente arreglada la casa sin enormes dispendios, comprendéis? pues mi padre me daba porcelanas, plantas, objetos de rica orfevrería... Por la mañana salía á hacer mis visitas; á las cinco, con toda re-

gularidad, iba á comer en *su* casa, en donde la hallaba casi siempre sola. Hay que confesar que era una mujer encantadora... No la conocisteis?... De veras?

—No la conocí.

—Comprendéis?... poseía la gracia femenina en el más alto grado! Era de un natural tiernísimo... y *sabía* amar! Oh! Dios mío! Entonces no supe apreciar lo que valía ese tesoro! Muchas veces, al salir del teatro, volvíamos á casa para cenar los dos juntos. Con ella no había miedo de aburrirse, siempre alegre, siempre amorosa. Sí, no supe comprender entonces la extraordinaria felicidad que hallaba en ella, y aún he de acusarme de haberla hecho sufrir alguna vez, de haber sido cruel... Oh! qué tiempos aquellos!... Os canso tal vez?

—No, de ningún modo.

—Entonces, voy á contaros nuestras entrevistas... Pues bien, llego, paso la puerta, subo la escalera, esa escalera que conozco yo tan bien, pues cada uno de sus peldaños me es familiar, luego levanto el pestillo, entro en la antesala, enseguida en *su* cámara... No, esto ya no será nunca más, nunca más! Me escribe también aquí, y puedo enseñaros sus cartas... Pero yo no soy ya el mismo, estoy perdido enteramente, no merezco su amor. Sí, estoy perdido para siempre, para siempre. Ya no me queda ni energía, ni orgullo, ni nada... Ni nobleza de espíritu! Estoy perdido, irremisiblemente perdido. Y nadie en el mundo podrá comprender jamás mis sufrimientos; todo el mundo me mira con indiferencia... Soy un hombre perdido. Y no podré levantarme jamás, jamás... pues estoy moralmente hundido en el fango...

En este momento expresaba la entonación de su voz una desesperación sincera y profunda; no me miraba siquiera, y sentado como estaba se quedó largo rato inmóvil.

—Por qué tan desesperado?—le dije.

—Porque soy un miserable; esta vida me ha destruido. Todo lo que había en mí, todo ha muerto. Yo sufro ahora, pero no con orgullo, sino con bajeza. Ya no tengo *dignidad en el infortunio*... Me humillan sin cesar, lo sufro todo, me adelanto á las humillaciones. Este fango ha caído todo sobre mí, me he vuelto grosero, he olvidado lo que sabía... ya ni puedo hablar francés, me siento vil y despreciable. Yo no puedo moverme en ese centro, no, no puedo. Sería quizás un héroe si me diesen un regimiento, unas charreteras, unas trompetas; pero ir al lado de un salvaje, de un Antón Budarenko cualquiera... y ver que entre él y yo no hay ninguna diferencia, que igual le pueden matar á él que á mí, pen-

sar eso me anonada. Comprended hasta qué punto es terrible el pensar que un andrajoso cualquiera me puede matar, á mí, á un hombre que piensa y sufre, y que sería igual que matar á Antonov, una criatura que no se distingue en nada de un animal, y que muy bien pudiera suceder que me matasen á mí y no á Antonov, como pasa siempre, *una fatalidad*, con todo lo que es superior y bueno. Ya sé que me llaman cobarde; bueno, soy cobarde, soy en efecto un cobarde, y no puedo dejar de serlo. Eso es poco, pues, según ellos, soy además un mendigante, un hombre abyecto... Ya veis, ahora mismo acabo de pedir os dinero, y por tanto tenéis ya el derecho de despreciarme. No lo quiero ya, tomad vuestro dinero,—y me alargó los arrugados billetes.—Yo quiero que vos podáis estimarme.—Escondió su rostro entre las manos y se puso á llorar; yo no sabía ni qué hacer ni qué decir.

—Pero, calmaos,—hice yo.—Sois demasiado sensible. No toméis las cosas tan á pechos, analizaos menos, contemplad la vida más simplemente. Vos mismo decís que tenéis cierto carácter, pues, bien, reportaos. No os quedará ya mucho que sufrir...

Pero todo esto lo dije confusamente, emocionado en el fondo de mi alma, lleno de lástima y arrepentido de haberme permitido poco há pensar mal de un hombre tan profundamente desgraciado y tan sinceramente expansivo.

—Sí,—prosiguió diciendo,—si desde que me hallo hundido en este infierno hubiese podido siquiera escuchar palabras de compasión, de consejo, de amistad, como las que acabáis de pronunciar, tal vez lo hubiese podido soportar todo con serenidad de ánimo, y hubiera podido ser aun un buen soldado. Mas, ahora, es horrible!... Cuando razono fríamente deseo la muerte, el aniquilamiento, pues, cómo puedo yo amar la vida sintiéndome irremisiblemente perdido para todo lo bueno que hay en el mundo! Y sin embargo, apenas apunta el más ligero peligro, empiezo á adorar, á pesar mío, esa vida llena de bajezas y de miserias, deseando conservarla como si fuese algo precioso y grande... No puedo vencerme... Es decir, sí puedo,—continuó después de un corto silencio,—sí puedo, pero son precisos demasiado esfuerzo y demasiada voluntad cuando estoy solo. Con los demás, en las condiciones ordinarias, cuando se marcha al combate, entonces sí soy valiente, tengo dadas pruebas, pues tengo amor propio, soy orgulloso, es mi defecto, y delante de los demás... Dejadme permanecer á vuestro lado, dejadme dormir en vuestra tienda, pues en la del ayudante se jugará toda la noche; con un rincón en el suelo tengo bastante.

Mientras Nikita arreglaba mi lecho, de nuevo emprendimos nosotros el paseo á lo largo de la batería, enmedio de la oscuridad.

Ciertamente que la cabeza de Guskov no debía ser muy firme, pues con sólo haber bebido dos vasitos de aguardiente y dos de vino empezaba ya á tambalearse. Cuando nos alejamos de la luz observé que, tratando de que no le viera, deslizó disimuladamente en el bolsillo del pantalón los billetes que había conservado en la mano durante la última parte de nuestra conversación. Y continuó todavía hablando, diciéndome que creía posible poder rehabilitarse aun si tenía á su lado un hombre como yo, que sentía conmiseración por sus desgracias.



VIII

Nos dirigíamos ya hacia la tienda para irnos á dormir, cuando de pronto una bala pasó silbando por encima de nuestras cabezas, cayendo no muy lejos de donde estábamos. Era una cosa tan insólita, tan extravagante, enmedio de ese campamento que tranquilamente dormía, enmedio de nuestra conversación apacible, ver llegar, Dios sabe de dónde, y caer junto á nosotros esa bala insólita, que largo tiempo permanecí sin saber darme cuenta de la cosa. El soldado Andrev, que estaba de centinela en la batería, se me acercó diciendo:

—Han visto nuestros fuegos!

—Es preciso despertar al capitán,—dije, y al propio tiempo miré á Guskov.

Se hallaba de pie, pero tan encorvado que casi tocaba con la cabeza el suelo, murmurando:

—Es... es... el... enem... Es... es muy... chocan... te...

No dijo nada más, y no sé cómo ni por dónde desapareció inmediatamente. En la tienda del capitán encendieron una luz, y se escuchó enseguida su tos habitual, que le daba siempre al levantarse; poco tardó en salir de la tienda, pidiendo lumbre para su pipa.

—Qué pasa hoy, padrecito, que no queréis dejarme dormir?—dijo sonriendo.—Tan pronto sois vos con vuestro degradado Guskov, tan pronto esos malditos montañeses. Qué hacemos, ahora? Contestaremos á su fuego, ó no? En la orden del día no había nada que se refiriese á eso...